

Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella,
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

El Viejo. ¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis:
En la amistad cuando empieza,
Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que así llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de sí la bodega.

El For. Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos
Fuera entre los dos eterna.

El Viejo. Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra:
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.

El For. Dios os la guarde, señor,
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

El Viejo. Solo uno, si no le logro,
Amargaré mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.

El For. Señor, no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza.

En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez
Y tener con honra sepa
Un techo que le cobije
Y un doblon que le mantenga,
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda. [noble]

El Viejo. ¡Que os tome Dios vuestra
Generosidad en cuenta,
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

D. Pedro. Decid.

El Viejo. Creo que dijisteis
Que simpatía secreta

Vuestra alma hácia mí atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguía vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.

D. Pedro. Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la elección muy pronta
Y acaso no esté bien hecha. [tiempo]

El Viejo. ¡Oh! quien vivió tanto
Como yo, tiene esperiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy seria,
Y hemos pasado los límites
Acaso de la prudencia.

De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

D. Pedro. Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que como habeis dicho
Satisfecho en esta aldea

Vivís con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

El Viejo. Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa;
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedage
A pagar de esa manera. [nombre]

D. Pedro. ¡No por Dios! Dijeos el
De mi casa solariega,
Dijeos quién soy y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os he el desquite
De este hospedage, en adversa
Ocasion, si así os pluguiere:
Mi paga pues ha sido esa. [dolo!]

El Viejo. ¡Oh de ese modo explicán-

D. Pedro. No dudo de que os con-

[venza]

El Viejo. E fugios son cortezanos...

D. Pedro. Lo serán, muy norabuena
Mas como tienden á hacer

Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.
Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí,
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Sino tributo parezca,
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin como algun dia
Decís que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca)
A ampararse de mí venga:
No es demas que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.

El Viejo. Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desatencion grosera.

D. Pedro. Con este permiso pues,
Tendedme, niña modesta,
La hermosa mano en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Sino por estar en ella.

Y así diciendo Don Pedro
Tomóle una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola,
Tiñó en carmin encendido
Las mejillas de azucenas
Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
Don Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

El Viejo. Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa
Dar otra á aquel de quien viene.
D. Pedro. Mas sera á mi ver ofensa
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.

El Viejo. Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.

Flor-del-Alba. Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta:
Mas tiene razon mi padre,

Pues ha de ver con vergüenza
Que no pude yo pagá osia
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

D. Pedro. Escusa
Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prenda
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que ántes perderéis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caidas hojas secas.

Y aquí el mancebo galan
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
« Mas ya basta: avanza el dia,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empuñan. »
Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda.
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon

Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda,
Su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del día, andando á vueltas.
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y desapareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un día tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrió silencio,
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil que haces
Domésticos dan,
Los días enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afán
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio
Do ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El día al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los días de fiesta
Cuando al templo vá.
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa

Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar,
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal
Sin ser socorrido
Volvierá pié atrás.
El viejo con todos
Atento y cordial,
Los males ajenos
Diestro en aliviar,
Siempre era él el árbitro
Juicioso y capaz
De hacer las discordias
A todos cesar.
Y pobres y tristes
De su caridad
Van en sus desdichas
Consuelo á buscar.
Acaso no hay uno
Que á solas y allá
En su alma no piense
De aquel hombre mal;
O envíe su suerte,
Su tranquilidad,
O le odie porque hace
Su suerte ignorar;
Pues siempre la humana
Condicion fué tal.
Mas todos le acatan,
Y todos á par
Su ciencia aprovechan,
Y todos están
En que hay de aquel hombre
En la gravedad
De su faz tranquila
Y noble ademan
Un sello de oculta
Superioridad.
El mozo mas rico,
O altivo, ó audaz,
No supo á su hija
Amante llegar.
Aquella belleza
Que cubre el sayal
De moza villana
Como á las demas
Zagalas que habitan
El mismo lugar:
Aquella muchacha
Que puede á lo mas
A pobre heredera

De un pueblo i. u. a. r.,
De quien á las otras
Diferencia no hay
Sino en que posee
Un campo herial
Y un viejo palacio
A medio arruinar:
Tiene en la espresion
De su bella faz,
En su aire de cándido
Pudor virginal,
Y en todo su porte,
Cierta majestad
Que asaz la distingue
Del tono vulgar,
De la gracia tosca
Que en lo general
De las mas apuestas
Mozas de lugar,
Salvages contornos
Presta á la beldad.
Y acaso no hay una
Que á solas, y allá
En su alma, de aquella
Belleza ideal,
No halle alguna falta
De que murmurar.
Mas no habrá ninguna
Que á rivalizar
Se atreva con ella;
Ni alguna osará
De la Flor-del-Alba
Suponerse igual.
No hay una que honrada
No se crea asaz
Si de deferencia
Alguna seña,
De la hermosa niña
Consigue alcanzar,
Por mucho que de ella
Murmure detrás.
Por mas que la quieran
Defectos buscar;
Y altiva la juzguen,
Y de vanidad
La culpen, no hay una
Que si ante el umbral
Del viejo palacio
Acierta á pasar
Y allí Flor-del-Alba
Por acaso está,
No cambie con ella
Saludo cordial,
Y amable sonrisa
Que quiera indicar:
Que tiene la niña
Con ella amistad.
Y así en el aldea

Pasándose van
Los días de mayo:
Y así en soledad
El padre y la hija
El débil torzal
De la vida humana
Hilan sin cesar;
Dichosos gozando
La felicidad
De aldeanos que viven
Sin oro ni afán.
¿Mas qué humana vista
Puede penetrar
Por un muro espeso
Cual por un cristal?
¿Quién ver lo que dentro
Se puede encerrar
De aquel edificio
De cuyo portal
Ninguno del pueblo
Podido ha pasar,
Ni mas que de fuera
Lo ha visto jamás?

II.

Desde el forastero
De allí se partió,
Apénas semanas
Pasáronse dos.
Ni á oírse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el hato de noche
Al pueblo tornó:
Ni el guarda del campo
Mas madrugador
Volvió á oír el paso
Del potro veloz,
Que al irse de todos
Fué la admiracion.
Del soto le vieron
Salir: con vigor
Increible vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Do yace hasta hoy
La aldea escondida:
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó
Le vió el campanero
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos

De sí nube densa
Dejando el bridon
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió;
Como una evocada
Lejana vision
Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna entre nubes
Velada alumbró,
La tierra á intervalos
Con tibio fulgor,
En noche cargada
Que á un dia siguió
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire :
Todo á su impresion
Perezosa en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor :
No suena en los sauces
Ni arrullo ni voz,
Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su són
Monótono lleva
Un murmurador
Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cauce que abrió,
A dar del palacio
En frente al porton
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su són
Por el lado opuesto
A aquel por do' entró :
Y el arroyo hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El puchlo : no brilla
De luz resplandor
Por entre los vidrios
De reja ó balcon,
Mas que la del mustio
Perene farol
Que alumbrá devoto
La iglesia de Dios.

De su torre gótica
Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reló;
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon
Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió ;
Alzó repentino
Deleitables són
Vihuela punteada
Con diestro primor ;
Y á poco á sus tonos
Concertada voz
Así entre la sombra
Nocturna cantó :

« Flor-del-Alba, que con ella
Compites en resplandor,
Y á la lumbré que destella,
Como tú tan pura y bella
No halla en la tierra otra flor ;
Tu lecho de flores deja,
Mira que el alba refleja :
Desvélate ; oh Flor !
Que llama á tu reja
La voz del amor.

Tus hojas abre y dá al viento
Su perfume embriagador
Para que en él tome aliento
Quien no tiene otro alimento
Ni otro ambiente que tu amor.
Mira que el alba refleja ;
Tu lecho de flores deja :
Desvélate ; oh Flor !
Que llama á tu reja
La voz del amor. »

Con estas palabras
Callando la voz
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo como ántes
De aquella cancion.
A poco en el muro
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se oyó :
Y hallando la luna
Un roto giron

Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugaz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró
A par alumbrando
La escena de amor ;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un ángel,
Y abajo al cantor
Contemplando inmóvil
La blanca vision.
Allí Flor-del-Alba
Que su reja abrió :
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí él á quien trajo
Su ardiente pasion :
Allí ella que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendian los dos
Los brazos amantes ;
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma espresion,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló,
Viniendo hácia Tellez
Con paso veloz.
La reja al sentirle
La niña cerró :
La luna á embosarse
Con nubes volvió
Sombreado del campo
La muda estension :
Y el mozo mostrando
Un noble valor,
El paso al que viene
Serenamente atajó,
Los dos entablando
Tal conversacion :
« ¿ Quién va ? dijo el mozo.
Y el otro : — Yo voy.
— ¿ Quién sois ?
— Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
— Soy.... un caballero.
— Yo tambien lo soy.
— Yo Don Pedro Tellez.
— Y yo Don Leon
De Alba.
— ¿ Vos !
— Sin duda.

— ¡ Un Alba ! ¡ Gran Dios !
¿ Qué es esto !
— Un misterio
Cuya esplicacion
Pronto en este punto
A daros estoy.
— Hablad.
— De mis pasos
Venios en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor. »
Y echando hácia un lado
El muro dejó.
Siguióle Don Pedro,
En su corazon
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor,
Debajo de un ancho
Froncoso lloron
Del soto en lo oscuro
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo :
« Prestadme atencion. »

— « Murió nuestro buen rey Carlos se-
gundo

Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron,
Segun que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que, de la Francia amigos ó contrarios,
El trono hispano á disputar salieron.
Pues entre estas familias divididas
Dieron al fin por su opinion sus vidas.
Dos hubo nobles que partiendo tierra,
El feudo y amistad que los unia
Cambiaron con furor en saña impía.
Mas bien que por defensa de sus reyes,
Mas que por sus derechos,
Y por salir por las antiguas leyes
Del suelo pátrio, su bandera alzaron
Por ir á hincar en los contrarios pechos
Las aguzadas lanzas que empuñaron.
La que por Don Felipe alzó banderas,
Siempre amparada por mejor fortuna,
De la contraria raza por do quiera
Las vidas fué segando una por una
De la otra en recompensa,
De sus servicios derramó la inmensa
Riqueza reunida
Del último heredero que restaba
En la por ellos siempre perseguida
Persona errante y misteriosa vida.

El deudo y parentesco que ligaba
 A ámbas á dos familias comprobaron,
 Y de aquesta manera
 De enemiga fortuna venidera
 La hacienda en una de las dos juntaron.
 Reinó por fin en paz Felipe quinto,
 Y la familia aquella vencedora
 Que fuera en esta malhadada lucha,
 Siempre fué noble por su honor é instinto :
 Con el rey alcanzó privanza mucha,
 Y todavía la conserva ahora.
 Pero de la otra raza que vencida
 Fué por la suya, un individuo solo,
 Un mancebo no mas quedó con vida.
 Mas proscrito, sin resto de esperanza
 De cuanto hubo en la tierra despojado,
 Fuese á América huyendo despechado
 Cual de la proseripcion, de la venganza
 Del enemigo bando encarnizado.
 Allí arrastró su mísera existencia
 Con inconstante y desigual fortuna,
 Ya en triste medianía ó indigencia :
 Hasta que en fin tranquilizada España,
 De los bandos distintos
 Licenciada por fin la inútil tropa,
 Y aplacada por fin la antigua saña,
 A España dió la vuelta, y viento en popa
 Ancló en el mar que á Barcelona baña.
 Ahora bien, entendido, Don Pedro Tellez :
 Las familias rivales
 Son las nuestras : entonces y hasta el dia
 Los destinos fatales
 Fueron, y sin piedad para la mia.
 Conozco bien que vos, mancebo apénas
 De cinco lustros, de la guerra impía
 Parte no fuísteis; pero todavía
 Vuestro padre, que es causa de mis penas,
 De la contienda instigador primero,
 Vive, y no puede la de su heredero
 Mezclarse con la sangre de mis venas.
 Mi casa os dí : su hospitalario techo
 Buena ofreció ocasion á mi venganza :
 Os condujo el infierno : mas no avanza
 A tan baja traicion mi noble pecho ;
 Mas que nunca, Don Pedro, se os olvide
 Que un mar de hirviente sangre nos divide.
 Hé aquí todo el misterio de mi casa ;
 Hé aquí mi historia entera.
 Y ahora que conoceis mi verdadera
 Posicion, á estas rondas poned tasa,
 Y á la honra de ámbos con mejor manera
 Arreglad la conducta venidera.

Y así concluyendo
 Con tal relacion
 El viejo, el camino
 Que trajo tomó.
 Cual sombra movable

De una aparicion.
 Que en humo al tornarse
 Con hondo terror
 Nos hiela el medroso
 Mortal corazon :
 Así la del viejo
 Desapareció
 En la que trazaba
 Su vieja mansion.
 Con ojos absortos,
 Con mudo dolor,
 Partir y perderse
 Don Pedro le vió.
 Y en vano quisiera
 Con resolucion
 El paso atajarle,
 Correr de él en pos
 Y exigir completa
 Nueva esplicacion :
 Negaban sus fauces
 El paso á la voz :
 Inerte, embargada,
 Sentia la accion.
 Y así, bajo el peso
 Del secreto atroz
 Que el viejo en su historia
 Le patentizó,
 Quedo anonadado,
 Sin ira y valor,
 Y á solas el triste
 Con su corazon.

III.

En círculo eterno
 Con giro infernal,
 Su pecho colmando
 De angustia y afan,
 Formando en su mente
 Eterna espiral,
 Que acaba do empieza,
 Y vuelve á empezar ;
 Y turba y marea
 Y rueda tenaz
 En mágico círculo
 Que vértigos dá,
 Del mozo en la mente
 Comienzan á dar
 Las negras ideas
 Que crea en su mal,
 Mil vueltas que al cabo
 Confundenle mas.
 La historia es del viejo
 Terrible verdad :
 De sangre fermenta
 Entre ámbos un mar.
 Lejos tantos años
 Del suelo natal,

Lo supo él tan solo
 De oirlo contar.
 El, rico de ciencia,
 Campeon de la paz,
 Que ve de la vida
 En el campo herial
 Tan solo una flor
 Fecunda no mas,
 La flor que produce
 La fé conyugal,
 La paz del tranquilo
 Doméstico hogar :
 Él que por do quiera
 Buscándola vá,
 Que deja por solo
 Su aroma gozar
 Riquezas, honores,
 Privanza real,
 Y cuanto en el mundo
 Se puede envidiar :
 Él que huye dejando
 Princesa imperial,
 Por no ver en ella
 La felicidad :
 Que ve de su dicha
 La flor ideal
 Fragante á sus plantas
 Su tallo elevar
 Y á asirla se mira
 Tan próximo ya,
 ¡ Ay! ve que es solo esta
 La flor celestial
 Que al campo en que arraiga
 No puede arrancar.
 Del viejo ofendido
 Calcula ademas
 La altiva y heróica
 Generosidad.
 Si; el triste á una aldea
 Se vino á llorar,
 Su sangre vertida,
 Su hurtado caudal ;
 Su dicha con que otros
 Gozándose están.
 Y cuando podia
 Venganza tomar
 Pues á él á sus manos
 Le trajo Satan
 (Como él se lo dijo
 Con harta verdad,
 Contar esperando
 Con un crimen mas);
 Le ofrece en su lecho
 La seguridad;
 Le sienta á su mesa,
 Le sirve leal,
 Y en paz recibíendole
 Le deja ir en paz,

Y él ; cómo le paga
 Tan gran lealtad ?
 De amor insensato
 Se deja arrastrar
 Por Flor con quien nunca
 Unirse podrá.
 ¡ Oh! ¡ hallar en tal caso
 Gentileza tal
 En tal enemigo,
 Y ciego atentar
 A la honra de su hija
 En su alma beldad
 Es ser de una infame
 Vileza capaz!

IV.

Y con tales pensamientos
 Batallando sin cesar,
 Midiendo las consecuencias
 Que aquella casualidad
 Para el venidero tiempo
 A su porvenir traerá,
 No ve que vuelan las horas
 El apenado galan.
 Pegado se está en un tronco
 Del soto en el valladar :
 Y distraidos sus oídos
 Como por oculto iman
 Atraídos á los muros
 Del palacio sin variar
 De direccion, enclavados
 En el edificio están.
 La lobreguez de la noche
 Que en cerrada oscuridad
 Envuelve toda la tierra,
 Ver no le permite ya
 Mas que una masa de sombra.
 Porque rauda tempestad
 Por el espacio avanzando
 Ahogó el nocturno fanal
 De la luna, que camina
 De los nublados detrás.
 Con ráfagas desiguales
 Empieza el aire á agitar
 Las ramas, que pronto el raudo
 Torbellino arrancará.
 Ya está encima, la vela
 De la torre casi vá
 Desde el monte en que se eleva
 Con las nubes á tocar.
 Brilla un relámpago enorme
 Y á su roja claridad
 Se ilumina todo el valle
 Por un instante fugaz,
 Y en este mismo momento
 El reló que empieza á dar
 Las tres de la madrugada,

Con sus ecos de metal,
Atrayendo de las nubes
La inmensa electricidad,
Hizo la tormenta horrible
Sobre el valle reventar,
Rasgóse el peñado vientre
Del nublado : el vendabal
Lanzóse fuera amagando
Las campiñas arrasar :
Brotó la lluvia á torrentes,
Fué la tierra un cenagal,
Los arroyos en un punto
Hizo en torrentes cambiar :
Y cada valle fué un lago,
Cada cuesta un manantial,
Cuyos raudales inmensos
No osa la tierra tragar,
Porque no pueden sus poros
Con tan gigante caudal.
Y sus pesares Don Pedro
Dándose prisa á apartar,
Olvidando el mal del alma
Con la afliccion corporal
Lanzóse sobre los lomos
De su potro, y con afán
Ambos á dos acicates
Aplicándole á la par
Arrancó á escape tendido
Con tanta velocidad
Que en su impetu parecia
Arrastrarle el vendabal

El dia siguiente
Purísimo el sol
Cual siempre con lumbre
Serena radió.
Tormenta de estío ;
Temprano calor
Formóla, y en furia
Ligera pasó.
El cierzo deshizo
Su pronto turbion
Con soplo pujante
Llevándola en pos :
Y seca la tierra
Sus lluvias sorbió
Después de pasado
Su inmenso alubion.
Del sol á los rayos
Tornóse en vapor
Gran parte, que al punto
El aire llevó.
Tornaron los campos
Con nuevo vigor
A alzar las espigas
Que el viento abatió ;
Tornó á embellecerse
Con nuevo verdor

La yerba y el césped
Que el agua embarró.
Tornaron los olmos
El grato rumor
A alzar de sus hojas
Que el aura enjugó :
Y oyendo en sus nidos
Su lánguido són
Las aves, que el fiero
Nublado espantó,
La luz saludaron
Con dulce clamo
Lanzándose al viento
Con vuelo veloz.
La atmósfera entonces
Mas pura quedó,
Sin mancha de nubes
Su azul estension.
El pueblo á sentirse
Con vida tornó. —
Cediendo al instinto
Su buen corazon,
A ver los sembrados
Salió el labrador :
De fieles podencos
Seguido, el zurrón
Repleto, á los sotos
Volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
Dó se guareció
Tornó sus rebaños
Al monte el pastor.
Y así de la vida
Al ruido y acción
Por campos y pueblos
La tierra tornó.
Tan solo el palacio
Del viejo mansion
Gozar de aquel nuevo
Placer no mostro.
En todo aquel dia
Ninguna se abrió
De las anchas rejas
Del muro exterior,
Ni nadie pasando
Vió abierto el ponton,
Ni nadie á sus dueños
Asomarse vió.
Y así pasó un dia,
Y corrieron dos,
Y así la semana
Completa pasó.
Tan solo el domingo
Cuando el esquilon
Del templo á la misa
Del alba tocó
Acudió á la iglesia
Con su padre Flor,

Y luego á cerrarse
La casa tornó.

Tildóse en el pueblo
De estraña aprension
Del viejo un retiro
Tan nuevo : y echó
Por muchos caminos
La murmuracion,
Mas de ellos la causa
Ninguno esplicó.

Y así pasó en tal misterio
Del verano la estacion,
Y un templo alzado al Silencio
El palacio semejó :
De toda amistad antigua
Y de toda relacion
Con las gentes del lugar
El viejo se retiró.
Solo salian al templo
Con la aurora el viejo y Flor
Y segun al encontrarlos
Algun curioso notó
Iba el viejo como nunca
Con torva faz, é iba Flor
Tan pálida y melancólica
Como si en su corazon
Llevara un grande pesar,
O la mano del Señor
De una enfermedad la hubiera
Cargado con la afliccion.

CAPITULO VII.

FLOR DEL ALBA.

Pasaron los ardientes
Calores del verano :
Del álamo las hojas
Amarillean ya.
Las eras están limpias
Y recogido el grano :
La fruta sazónada
Para cogerse está.

De la fecunda viña
Entre las anchas hojas
Crecidos los racimos
Empiezan á pintar :
Las uvas de los negros
Empiezan á ser rojas :
Los blancos transparencia
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia :
De todos los lugares
Anuncian los peritos
Que llegan á sazón.
Los cuébanos se aprestan,
Se limpian los lagares,
Se ajustan los obreros
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano
Para vendimia y siega
En bandas numerosas
Buscándose jornal,
De Asturias y Galicia
La muchedumbre llega,
Dejando de sus riscos
El áspero herial.

El ruido y movimiento
Su turba forastera
Con danzas y cantares
Aumenta por dó quier ;
Y en tanto que los dias
De su trabajo espera
Se apresta á las de afanes
Con horas de placer.

¡ Oh cuán alegre tiempo !
No hay época mas grata
Al corazon sencillo
Del franco labrador :
Ni oyeron cortesanos
Tan dulce serenata
Como el lejano acento
Del buen vendimiador.

¡ Qué hermoso el campo entonces !
¡ Cuál brilla en armonía
El verde de los campos
Con el celeste azul !
Las noches son serenas
Y el resplandor del dia
Parece que se temple
Con trasparente tul.

El aire atravesando
Por la feraz campiña
Cubierta de verdura
A los sentidos trae
El fresco y deleitoso
Perfume de la viña,
Y la hoja que temprana
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura,
Vivífica y salubre,
De las primeras flores
La mágica estacion.

Que la que trae setiembre
Y espira con octubre
De sus airados vientos
Entre el rugiente són.

Este es el tiempo bello
Fecundo en poesía
Y pródigo en deleites,
Del genio inspirador.
Sus auras son cargadas
De aromas y armonía,
El soplo con que al mundo
Anima el Criador.

Sí, sí: la brisa fresca,
Fugaz, murmuradora,
Que arranca en el setiembre
La postrimera flor:
La ráfaga es que anima
La llama creadora,
Que en nuestras almas puso
La mano del Señor.

Sí, siempre fué el otoño
Mi dulce primavera,
De poesía y flores
Mi pródiga estación:
Y aspiro yo con ansia
Su ráfaga postrera,
Y en ella es donde bebo
Mi nueva inspiración.

Sí, ven, brisa de otoño,
Y aunque tus roncadas alas
El arboleda yermen
Que cobijó un eden,
Aunque en zarzales tornes
De mi vergel las galas,
¡Oh brisa de setiembre
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego
Del abrasado estío,
Ven á mi lira muda
Cantares á inspirar.
Ven á rasgar las nieblas
Do al pensamiento mio,
El perezoso agosto
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues sí tu soplo
Los árboles despoja
De su opulento y verde
Y ameno pabellón,
También es cierto, ¡oh brisa!
Que en pos de cada hoja,
Arrancas un instante
De pena al corazón.

Yo siempre te he querido;
Constante y confiado
Héte aguardado siempre
Con invariable fé:
Mil veces por tu vuelta
Con ansia he suspirado,
¡Oh brisa de setiembre!
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
Se esplayan mis sentidos;
Mis labios entreabiertos
Para aspirarte están:
Atentos se preparan
A oírte mis oídos,
Y aguarda que te orees
Mi rostro con afán.

¡Oh cuánto me embelesa
Tu desigual murmullo,
Y cuánto me enamora
Tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
Halagan con tu arrullo,
Mi mente cual tú vaga
Y como tú veloz!

Mis ojos te imaginan
En medio el remolino
Que de agostadas hojas
Y polvo desigual,
Elevas revoltosa
En medio del camino
En tosca y momentánea
Y rápida espiral.

Y juzgo que te veo
Entre la blanca tropa
De hadas y de silfos
Que van en tu redor;
Las orlas arrastrando
De tu flotante ropa,
Y aun percibir sospecho
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
Versátil, hechicera,
Vestida de una nube
Como tu sér sutil,
Cabalgas en el viento,
Emanación ligera,
De la frescura antigua
Del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa
De los torcidos troncos
Mirar de una alameda
Que á desnudarse vá;

Huir una tras otra
Entre suspiros roncados
Las resonantes hojas
Descoloridas ya!

El río que susurra
Bajo las verdes cañas;
El aura que se aduerme
Entre una y otra flor;
El sonoro arroyo
Que corre entre espadañas,
No igualan tus rumores
Con su gentil rumor.

En ese incomparable
Monótono lamento
Con que despide el árbol
Sus hojas, que se van;
Con que llorando implora
La compasión del viento
Que al paso le deshoja
Sin comprender su afán:

Acaso no halla el vulgo
Mas que el rumor penoso
Del aire y de las hojas
Que arrastra en pos de sí:
Mas sus compases vanos,
Lenguaje misterioso,
Palabras escondidas
Contienen para mí.

Sí, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas
Alcanzo á comprender
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros,
Con que á mi sér responde
Su misterioso sér.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en tí la fantasía
Poética fingió:
No son las ilusorias
Sublimes creaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos
Cual vasto panorama
Cuanto mi sér espera,
Cuanto en mi sér pa-ó:
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los íntimos deleites
En que me embriago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desmayo,
Y ¡ay necio del que entonces
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el haren:
Y acaso allá de América
La perezosa gente,
Tranquila en sus hamacas
Le gozará también.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:
A mí comienza el año
Con mi estación querida:
Yo vivo cuando mueren
El árbol y la flor.

Yo cuento solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiración, mi Eden:
Envidia tengo entonces
De Píndaro y de Homero...
¡Ven, brisa de setiembre,
Para mi gloria, ven!

¿Mas dónde me arrebató
Mi loca fantasía?
¿Adónde vá buscando
Belleza y poesía